Guaduas en el Citará

Silvicultura, territorio e identidad

César Meneses J.

CORPORACIÓN GAIA

Fotografías y textos de César Meneses J., antropólogo.
La información que contiene este documento hace parte del archivo fotográfico y bibliográfico de la Corporación GAIA.
Calle 46 # 70A-21, Medellín, Antioquia
(604)5007915
comunicacion@corporaciongaia.org
www.corporaciongaia.org

CORPORACIÓN GAIA

Este documento es el resultado del acompañamiento etnográfico al diplomado en Diseño generativo y asociativo para la arquitectura en guadua, realizado en la alianza entre la Corporación GAIA, la Universidad de San Buenaventura y la Universidad de Guadalajara. Se trata de un foto-libro que expone los procesos que permitieron la preparación y posterior construcción de un módulo en la vereda Pedral arriba del municipio de Betania, en Antioquia, y que además reflexiona sobre silvicultura y territorio.

CORPORACIÓN GAIA

Una mujer escala la montaña montada en su caballo.
Vereda El Pedral Arriba, Betania.
2024

Espacio y tiempo en Betania

Un acercamiento etnográfico a la idea de territorio

Una mujer montada en su caballo viene subiendo la montaña por el camino del río. Yo, que estaba observando el paisaje y fotografiando la cadena montañosa del citará, la vi y me quedé esperando. Desde el cerro vi que cruzó el puente del río pedral, que pasó junto al museo en forma de guitarra, frente a la escuela, y se perdió en una de las ondulaciones de la montaña. La miré por mi objetivo cuando apareció en el camino, sosteniendo su sombrero y sonriente ante un hombre extraño que la miraba con un ojo mecánico. Su saludo fue cariñoso, a pesar de que hablaba con un desconocido que incluso no esperaba su actitud, pues al ser un hombre de ciudad, creí que pasaría de largo o que se molestaría conmigo por fotografiarla. Me dijo que venía de muy abajo, que tenía que cruzarse varias veredas y subir la montaña para poder llegar al pueblo.

Es que Betania es un municipio construido (o puesto, diría yo) sobre una colina de la cadena montañosa del Citará, frente a los enormes farallones que se me figuran unos gigantes que esperan y vigilan sobre las cimas de la cordillera occidental, dando vida a todos los ríos que allí nacen, entre ellos el Citará y el Atrato hacia el Chocó. Las veredas se ubican entre las vertientes, ondulaciones, cañones y valles que se forman en el relieve, y configuran un paisaje complejo, agreste, pero infinitamente hermoso.

Marina, la mujer del caballo, en su recorrido demarcó un espacio conformado por el río Pedral, las casas de campesinos cafeteros que se incrustan en el paisaje, la Casa Museo La Guitarra, la escuela, numerosos cafetales y guaduales, todos lugares articulados en el sistema cultural que lleva años tejiéndose. Me refiero a que ese espacio territorial se ha ido construyendo con las experiencias de vida de aquellos que lo habitan, lo trabajan y lo transitan: es un espacio social vital. Ella conoce el territorio y sabe que algo extraño está ocurriendo; desde hace días ha visto gente nueva en los transportes, habitando las instalaciones de La Guitarra, trabajando en una estructura hecha con guadua que a ella se le torna extraña, pues se aleja un poco de las estructuras campesinas que está acostumbrada a ver. Le dije que no había por qué preocuparse, que se trataba de unos jóvenes, algunos que vinieron de México y otras de Colombia, que participaron de un diplomado en diseño y construcción con guadua, realizado en una alianza entre las universidades de Guadalajara y San buenaventura y la Corporación GAIA. Le conté, además, que lo que estaban construyendo era un espacio comunitario que podrán usar muchas personas.

Ahora que lo pienso, esta actividad que en la Corporación GAIA venimos realizando en compañía de las universidades, en procura de un relacionamiento más amable entre gentes y bosques como respuesta al cambio climático, puede ser configurativo en estos territorios en la medida que habilita posibilidades de juntanza desde la silvicultura, el convite y el encuentro en la diferencia. No obstante, estos encuentros posibles se dan en un territorio que ha atravesado por procesos históricos de gran complejidad, es decir, en la memoria Betania está emplazado como un lugar de conflicto, en una lejanía peligrosa, con una carga simbólica asociada a las ocupaciones guerrilleras y paramilitares que en diferentes momentos constituyeron unas discontinuidades espacio-temporales en las vidas de las personas.

El municipio de Betania es un territorio con grandes matices, si se lo piensa. Lo digo porque desde la ciudad es fácil definir los lugares como zonas de frontera, peligrosos y demás, y ubicarlos en espacios simbólicos oscuros que son utilizados por múltiples poderes como justificante para la explotación y el despojo, para lo cual el Suroeste antioqueño ha servido de ejemplo en torno a la explotación minera. Discursos que se depositan sobre gentes y espacios y que están acompañados de la destrucción medioambiental, de violencias sobre cuerpos y naturaleza, en medio de ejercicios de poder que enriquecen a unos y envilecen las vidas de otros a quienes no les queda más que desplazarse o, en la mayoría de los casos, atravesar el tiempo del terror o la expoliación, como ocurrió a muchas personas en este municipio.

Pero Betania ha apelado a una resiliencia inusitada, es decir, extraña en las lógicas de gente que mira desde afuera un conflicto difícil de comprender. Esta gente reconfiguró la manera de percibir los espacios y los tiempos; las montañas, estas barreras naturales que impiden la mirada del amplio mundo, se convirtieron, de hecho, en un camino abierto a ese mundo enorme por medio del café, que a su vez convirtió el tiempo en un tiempo de excepcionalidad, uno regido por los momentos de la siembra y la cosecha, temporalidades que se superponen y entrelazan en las dinámicas territoriales y culturales de la región.

Se trata entonces de unas conexiones fundamentales entre tiempo-espacio, que son asimiladas por las gentes de las comunidades betaneñas para asumir la vida y la subsistencia, y responder, de paso, a las lógicas discursivas que se depositan sobre ellos. Una habitante del municipio, amiga, con quien hablé para mi interpretación de este espacio, me dio algunas luces para comprender:

> El tiempo en Betania transcurre como en dos mome... tres momentos básicamente: el momento de la cosecha, ¿cierto? De la cosecha y cultivo del café, que nosotros lo llamamos "el tiempo alocado". Hay otro tiempo que es el tiempo de la traviesa ¿sí? Y otro tiempo que es el tiempo donde nosotros decimos que no hay nada pa' hacer, pero mentiras que sí hay cosas para hacer, solo que hay otras dinámicas. Entonces cronológicamente el tiempo de la cosecha empieza... la cosecha empieza en septiembre y va terminando la tercera semana de diciembre, finales de diciembre en las tierras más calienticas. Se viene toda la recolección de café que la hacemos con mano de obra externa; entonces en ese momento hay una población flotante de casi el doble de la población que hay urbana, o sea, llegan cuatro mil, cinco mil personas que son recolectores que vienen del mundo de la recolección.
>
> A ellos nosotros les decimos "juanchos", ¿por qué ese Juancho? Porque ellos no corresponden a ningún nombre, a ninguna identidad, a ninguna localización... Eh, no les gusta que uno les pregunte mucho de dónde son ni nada de'so, porque ellos mismos se... se catalogan o se... cómo se distinguen como caminantes, cierto, como andariegos, y su equipaje es un bolso con unas botas y unos pantaloncillos rotos.

Ellos son los que recogen la cosecha de café, cicen en las fincas, llegan a vivir en las fincas, y entonces hay un lugar que nosotros llamamos el cuartel de los trabajadores que queda en la parte exterior a la casa, por sus mismos hábitos de vida y todo, entonces son fuera de la familia de la casa y de los trabajadores de confianza de la finca. Ellos acaban la recolección y se van, o se aburren en la finca y se van, porque no les gusta estar mucho en un lugar, entonces hay que salir a buscar nuevos trabajadores (...) Ellos escuchan el concepto que está muy b uena la cogida, que qué hay aquí, que queda allá... y ellos preguntan si pueden salir a pie, les encanta caminar con ese bolso al hombro. Ese es el tiempo de la cosecha, es un tiempo de mucha plata, es un tiempo en las fincas no se para, en las fincas las mujeres trabajamos duramente por el tema de la alimentación de toda esta población, pero también en el tema de lo doméstico en el manejo del café... os carros, que es el gariteo, que la disposición de lazos, que los costales estén... que los que llegaron y están untaos de miel que al otro día tienen que estar lavados en la chambrana, entonces ese es el trabajo doméstico, la escogida del café, porque esa es otra premura que del qué hacer de las mujeres que es la pos cosecha de ese café o lo que llamamos beneficio, y eso es netamente del personal de la finca, porque ya es la cereza, lo que vale plata, entonces ya no hay entrada como de nadie (...)

En ese momento (tiempo) el pueblo duplica la población y se duplica también el tema de los negocios, sobre todo en la parte periférica del pueblo porque esa población que llega... se podría decir que 40% de la ganancia de la industria del café les queda a los recolectores, pero más sin embargo ellos sales y entre sábado (...) el domingo y el lunes ellos dejan todo en las cantinas, ¿cierto? Obviamente no en las cantinas del parque sino en esas nuevas que se abren hacia la parte periférica y obviamente también llega el ofrecimiento de la prostitución y todas esas cosas.

Después de eso hay un pequeño receso que es en febrero, en que es un tiempo que la finca termina el tema de la cosecha, no se siente mucho porque todavía hay un... por decir algo como una parte de la cosecha que todavía está circulando sea en café o sea en plata. Entonces bueno, la familia está bacaneada, muchos se van a pasear, muchos se dedican a pintar la casa, bueno, porque en diciembre estamos es en tema cosecha. En ese momento (tiempo) de la cosecha toda la mano de obra femenina, masculina, niños, grandes, en fin, se (vuelca) hacia la mano de obra. Entonces si usted necesita que alguien le lave ropa, quién trabaje en servicio doméstico no lo hay, que un mesero no los hay...

Viene después la traviesa, que es una mini cosecha, pero más espaciada, más sueve, y en la cual ya no llegan esos cuatro mil o cinco mil trabajadores, sino que se coge con dos mil y con la mano de obra familiar. (...) Eso es marzo- abril; primera, segunda semana de mayo ya está pues saliendo. Y después viene lo que llamamos los junios, que acá no se dice junio y julio, sino los junios. Entonces los junios es un tiempo en el que no hay ni un grano de café, la economía cae a cero, porque como este municipio es netamente cafetero, todo lo que se mueve acá se mueve por plata del café. Solamente ahorita se dice que se le ha sacado por plátano y banano y, de pronto un poquito de aguacate, el 5% de la economía, pero esto es café. En ese tiempo no hay producción de café, entonces no hay plata. Entonces es el tiempo de los créditos de los bancos, es el tiempo donde el mercado a las fincas se lleva fiado y se fía a cosecha, o sea, siempre compran todo, les mandan su mercado, les mandan todo y se paga en tiempo de cosecha (...) y en

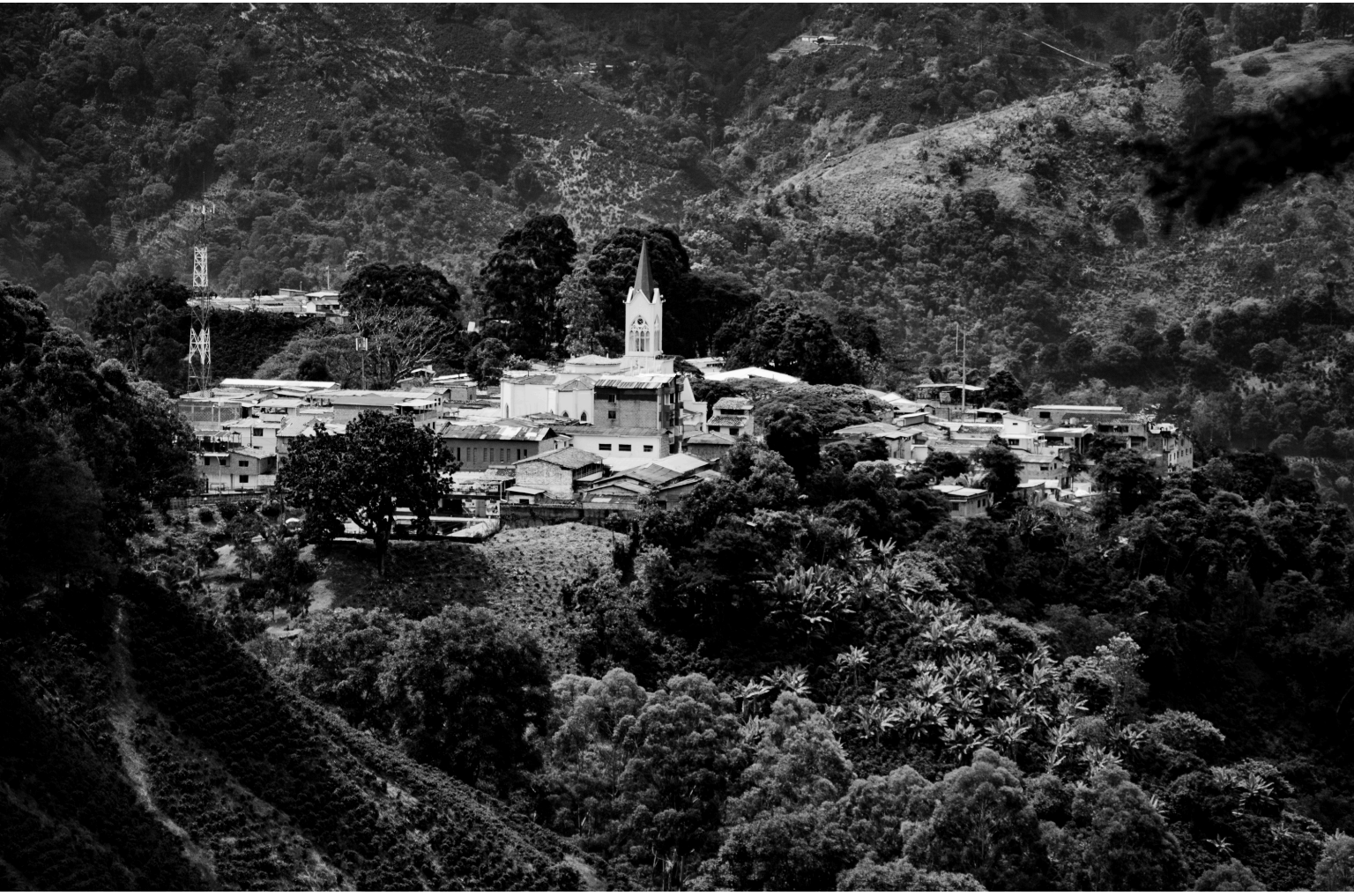
> ese tiempo hay un ocio, entonces se va al río, coincide con el tiempo de verano, eh... en ese momento se empieza la preparación, sobre todo a finales de julio, de los beneficios de café, arreglar lo que quedó roto, arreglar costales, arreglar las máquinas, todas esas cosas, para prepararnos para la otra cosecha. Entonces ahí están como los tres tiempos en los que se mueve la industria cafetera (Nancy, 2024).

Según lo anterior, el tiempo en Betania se ha domesticado en función de la producción cafetera, y esa domesticación se da en la medida que se conocen y usan los espacios. Los aportes de todos a la producción de café acentúan las relaciones ecológicas entre gentes y montañas, lo que supone la construcción de subjetividades arraigadas a un territorio. Los procesos de violencia que se dieron en la región, entonces, atentaron específicamente contra esta domesticación del tiempo-espacio, las construcciones de territorialidad y los procesos de interacción de las gentes con el medio ambiente.

Ahora bien, estas tres fases del tiempo en Betania hacen parte de las estructuras culturales de la región, pues establecen unas formas del relacionamiento entre los habitantes, que se extienden a unos otros ajenos que llegan para las cosechas y se incorporan en estas dinámicas por el tiempo estricto que estas duran, que no tienen nombres en la medida que no son pensados en la lógica de habitacionalidad del pueblo, pero que existen debido a su papel en la industria del café. Las fronteras entre los periodos podrían entenderse también en dos grandes escalas: un tiempo apolíneo (la cosecha y la traviesa) y un tiempo dionisíaco (el tiempo de nada para hacer), tiempos de trabajo fuerte y planeación, de descanso y disfrute. Sin embargo, estos periodos, cargados de una enorme ritualidad, también deben mirarse en escalas microtemporales en los ensamblajes de cada etapa.

Así, el tiempo de la cosecha, tiempo apolíneo, se ve modificado por los recolectores que celebran el día del salario reinvirtiendo los dineros en el circuito comercial betaneño y las ofertas que vienen de afuera como la prostitución o el comercio de drogas; o en el periodo dionisiaco del nada para hacer, en el que se descansa y se festeja, que se modifica por la preparación esporádica de los beneficios de café y los mantenimientos de casas y cultivos, es decir, labores del núcleo familiar, además de que es tiempo de carencias económicas.

Betania, La coqueta. Chiva en la vereda Pedral Arriba, Betania.
2024



Betania, vista panorámica
desde el cerro del Machu-pichu.
2024

Estos mapas cronológicos que plantean los modos de vida en Betania han sufrido en diferentes momentos de ruptura en las lógicas de violencia del país. Pero las mujeres y los hombres de la región, en procura de mantener unas territorialidades en constante consolidación, resignificaron los procesos sociales que se dan en el espacio. Aun cuando el territorio fue convertido en objeto de apropiación para el ejercicio de un poder, se reapropió y se convirtió en un marco ideal para la identidad y la vida comunitaria. La reestructuración social del espacio en Betania y de las interacciones ecológicas, ayudaron a debilitar esos ejercicios de poder, construyendo otras formas de imaginar el territorio, en las que tuvieron cabida las artes, la educación, la agrupación, las diferencias, etc.

Antes de irse, Marina me dijo que haría mercado y que tal vez se quedara en el parque conversando con amigos, porque eso le gusta. Me pidió que le devolviera las fotos porque le gustaría verse y colgarlas en las paredes. Al final me dijo que le gustaba la idea de construir con guadua porque es muy fuerte, que incluso había ayudado a contener el río para que no se creciera. Que ojalá la gente en la vereda la utilizara más. Esta despedida me obliga a reflexionar un poco en torno al uso de la guadua y de los bosques en un intercambio respetuoso entre el medio y las personas. Más adelante intentaré exponer los trabajos necesarios para el aprovechamiento de esta planta en clave de silvicultura, y cómo este beneficio aportaría en los procesos culturales del municipio y la vereda Pedral Arriba.

Río Pedral y sus guaduales. Vereda Pedral Arriba, Betania. 2024

Un campesino prepara el cafetal para una nueva siembra. El proceso de soqueo es una actividad propia del tiempo de receso entre cosechas, pero se hace después de cinco años de vida útil del cultivo y permite la renovación de los cafetales. Betania, 2024

Diversidad. Vereda Pedral arriba,
Betania.
2024

Ciro. Vereda Pedral
Arriba, Betania.
2024

Diversidad. Vereda Pedral Arriba,
Betania.
2024

Enrique, marcado de guaduas. Vereda Pedral Arriba, Betania. 2024

En la selección de las guaduas se buscan las más robustas, que tengan la edad necesaria y el tamaño propicio para la construcción. Posteriormente, se marcan con colores fluorescentes, pues los cortes se hacen en la oscuridad de la madrugada.
Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

“Es supremamente importante saber cómo lo está haciendo el campesino porque siempre ha estado ahí. Él lo mira por el sol, lo mira por la luna, lo mira por las escorrentías, lo mira por el río, lo mira por las plantas, lo mira por la sombra, lo mira por la raíz... entonces ellos están constantemente haciéndolo” (Ciro Salazar. Saberes campesinos). Betania, 2024

Cosmovisión
campesina, Betania.
2024

“Los misterios de la guadua, pues, desde los antiguos, como decían ellos que son los campesinos, que son los que han vivido, que son los que están en esta universidad del campo, es que tiene que ver mucho la menguante y la creciente; todos los aspectos de la luna son importantes en la agricultura.” (Ciro Salazar. Saberes campesinos). Marina y Eliecer, campesinos de Betania, 2024.

Vida campesina. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Vida campesina. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Vida campesina. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Vida campesina. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

“Si vas donde estén manejando guadua tiene que ser en plena menguante, entre las dos y seis de la mañana el corte, ¿Cuál es la razón? El agua está completamente en el piso. Es que la guadua durante el día empieza a subir el agua, a subir, entonces ahí es donde el corte no debe de hacerse, y más en creciente, porque vos podés cortar una caña en este momento, partir un canuto de esa guadua y tenés agua”. Ciro Salazar (sobre el corte de la guadua)
Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Proceso de corte de la guadua, en la madrugada. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Proceso de corte de la guadua, en la madrugada. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Proceso de corte de la guadua, en la madrugada. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Proceso de corte de la guadua, en la madrugada. Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Cortar en lo oscuro

Una silvicultura sensorial para la guadua

Un silencio taciturno lo gobierna todo. Es un silencio pacífico, como el del mundo que duerme aún preparándose para el fluir de la vida. Arriba, una luna opacada por la bruma mengua en medio de la inmensidad de un cielo aún oscuro. Sin embargo, un lejano ruido similar al de las aves matinales que perforan las cortezas para hacer sus nidos, pareciera romper la atmósfera. No son más que los golpes de machetes que cortan la guadua; hombres de la vereda El Pedral Arriba, del municipio de Betania, que han renunciado al sueño de la noche para obedecer a los conocimientos que han heredado de otros que los precedieron, pues la guadua se corta en la madrugada durante la luna menguante.

Uno podría creer que se trata de una idea mística, pero dista mucho de eso. Los conocimientos de las gentes en las comunidades son válidos porque están sostenidos en largos procesos de apropiación del saber, ensayos que se han realizado durante mucho tiempo y que suponen patrimonios vivos de los pueblos. Y es que los humanos, desde que podemos llamarnos así, estamos en una relación estrecha con otras especies animales y botánicas: con el mundo. Aprendimos a utilizar los recursos que los espacios nos ofrecían y salimos errantes a buscar otros en diferentes latitudes. Domesticamos plantas y animales que facilitaron nuestro paso por la tierra, que nos permitieron quedarnos en lugares específicos y dar paso a ese complejo fenómeno que seguimos sin definir con claridad: la cultura.

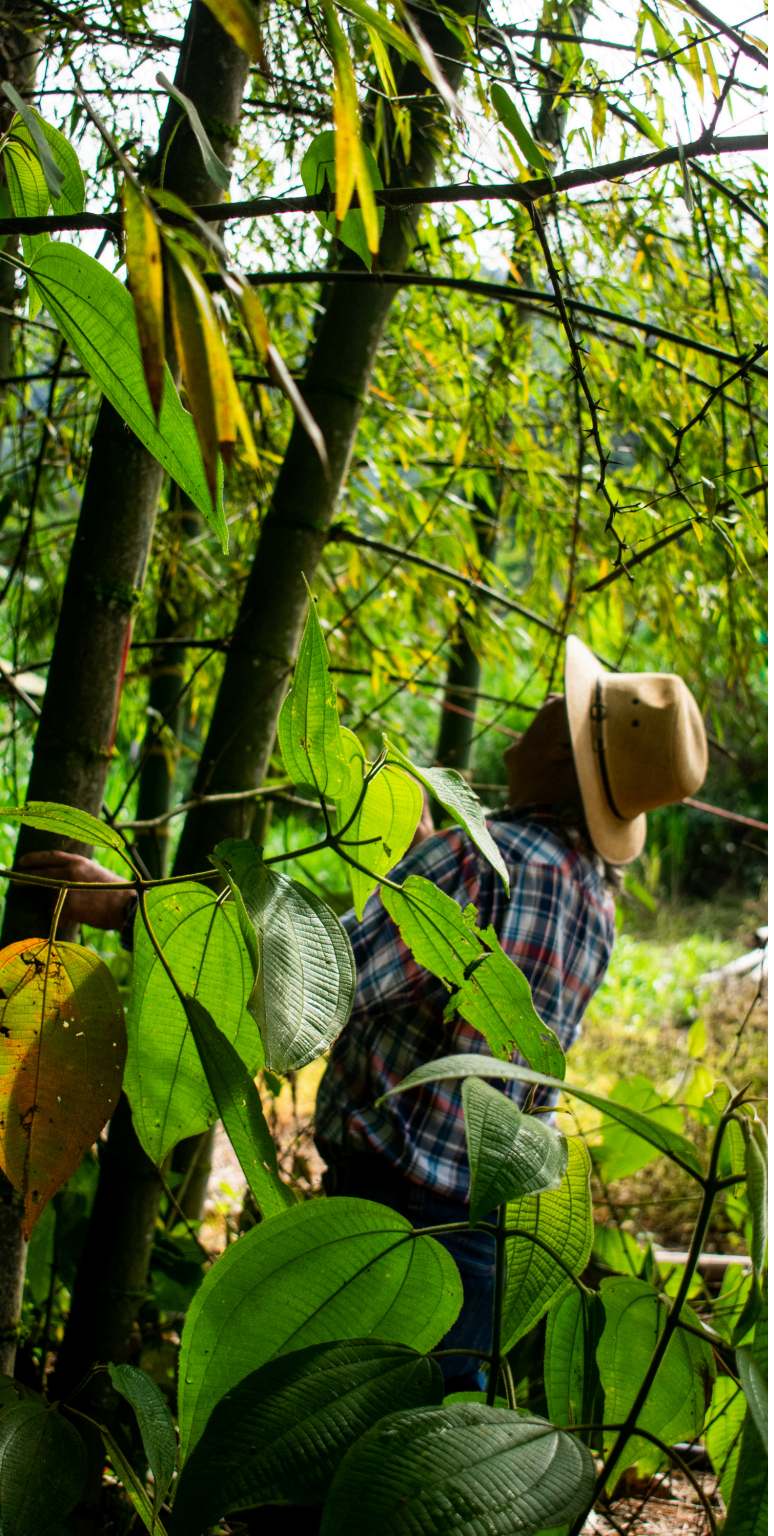
De ahí que no sea superstición, pues la luna afecta las mareas y la agricultura: ella contribuye al desarrollo, germinación y fructificación de los cultivos. Hablo de una influencia directa en el flujo de la savia, la fotosíntesis y el enraizamiento de las plantas. De hecho, si la luna está en posición descendiente, menguante, tiene menor influencia sobre la savia que si estuviera en creciente.

Durante el cuarto menguante, la luna llega al fin de su ciclo, lo que conlleva a que el agua vuelva a las raíces de las plantas, por lo que se trata, junto con el cuarto creciente, de la mejor fase para las adaptaciones de los cultivos al medio. Es la fase propicia para podar.

Los hombres buscan las guaduas maduras, las más fuertes, que pudieran sostener estructuras durante mucho tiempo y aguantar la severidad del clima y del paso del tiempo. No podemos olvidar que la relación con esta planta es larga; me refiero a que llevamos muchos años cuidándola y usándola, como las demás gramíneas, y todo comenzó hace miles de años, al poner los pies en la tierra y al encontrar que el pasto no nos dejaba ver. Un pasto que ocultaba el horizonte, que parecía un obstáculo, fue entonces la excusa perfecta, entre otras, para erguirnos.

Miles de años pasaron desde que nuestros cuerpos se adaptaron al obstáculo y pudimos superarlo, pero esa superación no fue, de ninguna manera, un dejar atrás. El pasto se convirtió en un aliado para nuestra subsistencia, de ahí que pudimos usarlo a nuestro favor. Nuestra relación con las gramíneas es tan estrecha que son bases fundamentales de nuestra alimentación y adaptaciones: comemos granos y cereales, harinas y aceites que provienen de ellas; usamos sus tallos para construir campamentos, flautas, lanzas, flechas, en fin. Las llevamos con nosotros en nuestras migraciones y se adaptaron a casi todos los lugares en los que las depositamos. Ahora son el maíz, el trigo, el arroz, la avena, la caña de azúcar, la cebada, el centeno, el mijo y el sorgo que comemos y que sostienen a gran parte de la humanidad. Son el bambú y la guadua que sirven para construir nuestras estructuras de vivienda, algunos utensilios para la vida, la escritura, las artes, en fin, seguimos acompañándonos.

Sin embargo, muchos de nosotros ignoramos esa relación que establecimos con las plantas, los beneficios que obtenemos de ellas y los que ellas obtienen de nosotros. algunos, por ejemplo, ignoramos los múltiples usos que podría dársele a las cañas en la construcción. Olvidamos, por alguna razón, que las paredes de las casas de nuestros pueblos estaban construidas con estructuras de cañas y guaduas rellenas de lodo, y que, cuando niños, acompañamos a nuestros padres muchas veces a cargar y montar guaduas en convites para construir iglesias o lo que fuera que necesitaran las comunidades. Otros han olvidado que el sagú (la achira) y el balazo tienen bulbos tuberosos que sirven para hacer harinas y un pan delicioso, o que en la selva hay yucas venenosas que los pueblos originarios procesan para poder comerlas. Estos olvidos son sistemáticos, pues vivimos inmersos en sistemas de comercio que nos velan la mirada y nos obligan a consumir materiales y alimentos que son el resultado de la violencia del capitalismo: consumos impuestos tras la idea del desarrollo y del avance tecnológico.



Ahora bien, volver la mirada a la guadua, a sus usos estructurales, y a todas las plantas que pudieran darnos beneficios no es, de ninguna manera, una innovación. Es un reclamo por los saberes de otros que ya están lejos en la memoria, conocimientos que consideramos ancestrales y que hoy nos ofrecen soluciones a nuestros devastadores estilos de vida. Hablamos de conocimientos no extractivos, más armónicos con el mundo, que nos permitieron coexistir en la casa grande facilitando el fluir de la materia por medio de acuerdos tácitos entre nosotros, nosotras y ellas, esas especies con quienes compartimos el paso por la tierra. Y es allí donde está el germen elemental de la cultura: la transformación de la materia en una relación colaborativa entre humanos y el mundo.

Pero la mañana ya se acerca. A lo lejos se escucha el motor del bus escalera que recoge a los escolares, mientras que las aves comienzan a despertarse y a revolotear sobre nosotros. Una mujer nos acerca un poco de café dulce; ella nos ha acompañado desde que comenzó la jornada antes de las dos de la mañana.

Todas las guaduas que fueron cortadas tendrán que quedarse, por lo menos, 17 días dentro del guadual en el proceso de vinagrado. Al finalizar ese tiempo se pondrán a secar sobre caballetes de madera. Finalmente servirán para la construcción de una estructura, un salón, que beneficiará a toda la vereda, sobre todo a jóvenes, niños y niñas de la escuela. Cuando empezó a llover el corte había terminado. Ahora todos estamos bajo cubierto.

Una estructura en guadua.
Vereda Pedral Arriba, Betania.
2024

Diseño generativo y asociativo para la arquitectura con guadua

Una propuesta de formación para la biodiversidad

La Corporación GAIA, en alianza con la Universidad San Buenaventura de Medellín y el Centro TONALÁ, de la Universidad de Guadalajara, México, ha desarrollado el diplomado en Diseño Generativo y Asociativo para la Arquitectura con Guadua, en el que participaron docentes y estudiantes de Colombia y México. Con este, la Corporación continúa haciendo esfuerzos para la consolidación de un nodo de conectividad y hábitat de biodiversidad en los ecosistemas de la cordillera occidental, en la cuenca del río San Juan, es decir, "La red Citará", territorios donde buscamos impulsar el desarrollo regional sostenible con el municipio de Betania como punto de partida. Asimismo, trabajamos en construir herramientas conjuntas que permitan transformar positivamente la realidad social y ecológica del territorio y sus gentes, de ahí que la corporación haya logrado la vinculación de la Alcaldía Municipal de Betania y la Casa Museo La Guitarra en este proyecto, lo que permitirá, a largo plazo, un tejido de intenciones y trabajos comunes que nos permitan cumplir nuestro objetivo.

Este diplomado, como propuesta de formación y acción comunitaria, nace de la necesidad de explorar materiales de construcción sostenibles y otras técnicas arquitectónicas aplicables a la vivienda rural campesina. Los y las docentes de las dos universidades y los y las profesionales de la Corporación GAIA prepararon los espacios, establecieron los relacionamientos necesarios y participaron de la construcción de un módulo en guadua en la vereda Pedral Arriba del municipio de Betania. A continuación, compartimos la fotografía etnográfica realizada durante el proceso y algunas reflexiones de quienes participaron.

Biodiversidad
campesina, Betania.
2024

Jóvenes de las dos universidades llegan a Betania.
2024

Arquitectura para la sostenibilidad. Estudiantes construyendo, Betania. 2024

Educación en diversidad.
Estudiantes construyendo,
Betania.
2024

Una estudiante de la Universidad de Guadalajara revisa los niveles de las bases de la estructura. Estudiantes construyendo. Betania.
2024

Maestra y estudiante construyen canastillas para las bases de la estructura.
Estudiantes construyendo, Betania.
2024

“”Desde mi punto de vista, la arquitectura, como todas las cosas que el hombre hace, es un artificio más de nosotros. Es una forma en la que nosotros podemos adaptar el ambiente a nuestras necesidades. Lo esencial en la arquitectura es el habitar. No es lo mismo diseñar una recámara que un espacio social; no es lo mismo diseñar una sala que un espacio en comunidad donde va a haber más de treinta personas, múltiples familias hablando de un tema importante. Cada uno requiere su propia capacidad de derechos.” Roberto Argüelles, arquitecto Universidad de Guadalajara. 2024

Jóvenes de la Universidad de Guadalajara. Estudiantes construyendo, Betania.
2024

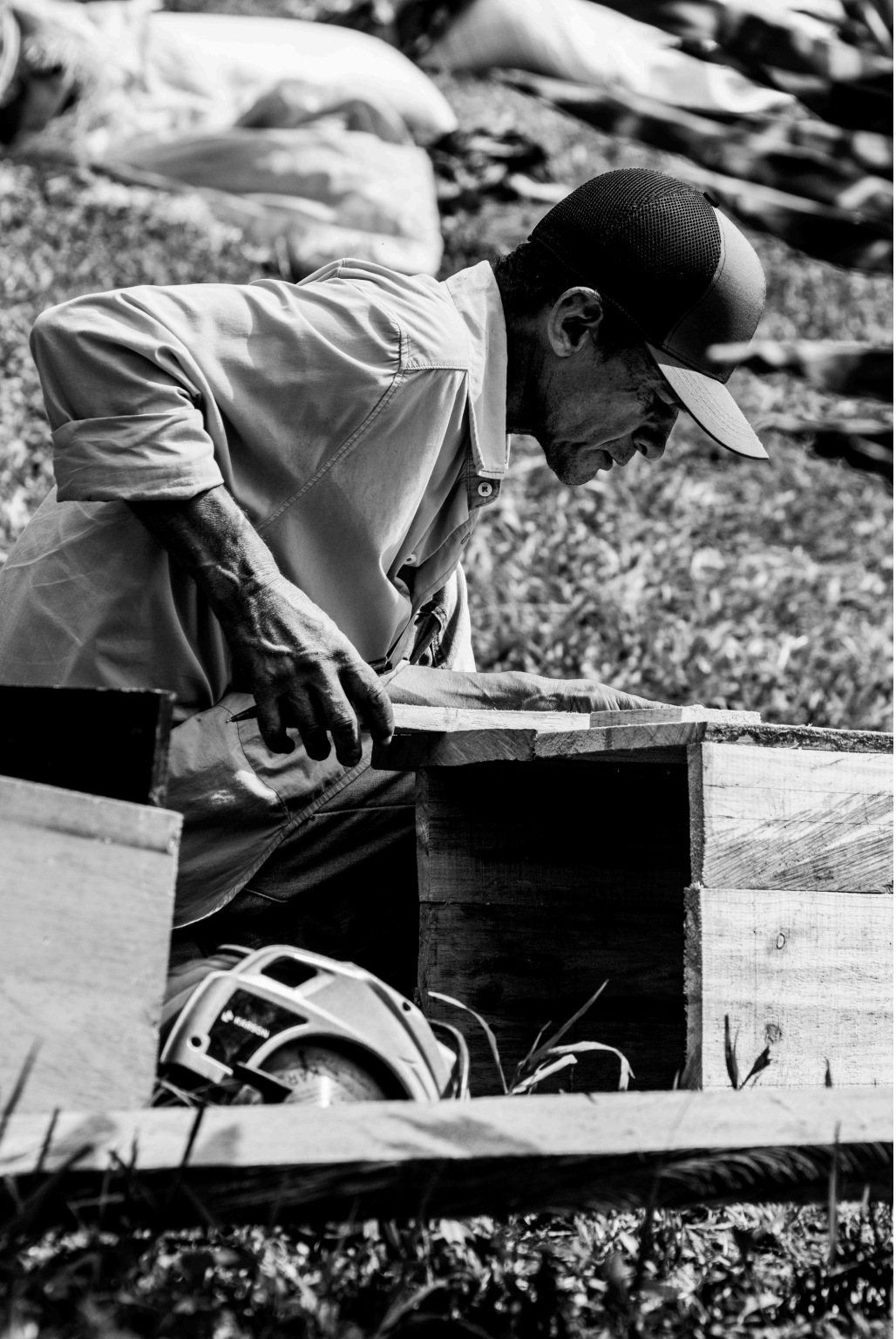
Una estudiante de la Universidad de Guadalajara. Estudiantes construyendo. Betania. 2024

Corte y acondicionamiento de guaduas para el montaje.
Estudiantes construyendo, Betania.
2024

Nancy. Corporación GAIA. Betania, 2024

Una estudiante de la Universidad de Guadalajara. Estudiantes construyendo. Betania. 2024

En primer plano, un estudiante de la Universidad de Guadalajara. Estudiantes construyendo. Betania.
2024



Un trabajador betaneño se ha sumado a la construcción. Betania. 2024

El maestro. Un trabajador betaneño se ha sumado a la construcción. Betania. 2024

El maestro. Un trabajador betaneño se ha sumado a la construcción. Betania. 2024

Un trabajador betaneño se ha sumado a la construcción.
Betania.
2024

La maestra Diana, de la Universidad San Buenaventura, toma un descanso. Betania. 2024

Una estudiante
selecciona las guaduas
para el montaje.
Betania.
2024

Ensamblaje de la estructura en guadua, con ayuda de trabajadores del municipio de Betania. 2024

Un trabajador betaneño se ha sumado a la construcción.
Betania.
2024

Montaje de la estructura
en guadua. Betania.
2024

Jóvenes de la Universidad de Guadalajara. Estudiantes construyendo, Betania. 2024

Una mujer betaneña se ha sumado a la construcción. Con su trabajo ha suministrado el alimento de todos y todas.
Betania.
2024

Una mujer betaneña se ha sumado a la construcción. Con su trabajo ha suministrado el alimento de todos y todas.
Betania.
2024

Bosque y relaciones de poder.

Hacia una silvicultura de la guadua como resistencia.

El bosque en la memoria aparece de muchas maneras. Si apelamos a los cuentos e historias que escuchamos y nos contaron de niños, es el lugar de lo mágico, de la misteriosa mujer con poder en las manos y en su olla, el espacio en el que se configuraron sortilegios y misterios que modifican el tiempo. En mi recuerdo personal, el bosque contenía a las bestias inimaginables, los peligros más agrestes, la gente más extraña. El bosque podía ser una frontera entre nosotros y el misterio, entre la civilización y lo natural. Esa línea divisoria nos ponía a nosotros, hombres y mujeres de ciudad y de asfalto, por encima de todos y todas aquellas que emergían de la floresta, seres sin lenguaje y sin reflexión a quienes debíamos civilizar o simplemente compadecer y temer.

En esta medida, los saberes de nosotros, en la civilidad, eran ciencia, medicina y arte, de cara a lo que ellos y ellas poseían: supersticiones, brujería y artesanías. Así, los mapas mentales que construimos, esa línea divisoria, convirtió al bosque y la naturaleza en un estadio a superar, es decir, un escalón en el camino evolutivo de estos humanos superiores que todo lo pueden. Sin embargo, esta mirada miope del otro y de la naturaleza se convirtió en el punto de partida de nuestro propio declive como especie y como sociedad. Aquí nacieron nuestra idea de dominio sobre la naturaleza y todas las violencias que ejercemos sobre ella.

Hablo de biopoderes y necropoderes que se depositan sobre territorios en discursos y procesos; expoliaciones, explotaciones, manipulaciones, todas orquestadas por el afán de extraer recursos de territorios satanizados: espacios destruibles, sin valor, pues la idea poderosa de la monstruosidad los habita; entonces, no se trató nunca de una historia para niños, sino de un discurso poderoso que se construyó con el afán de convertir a la naturaleza en una zona de frontera, peligrosa y mágica, la cual podría expoliarse y destruirse en defensa de la civilización (Serje, 2005).

La idea de naturaleza, en este orden de ideas, es política, como también lo son los sistemas de poder que se ejercen sobre ella y los mecanismos de apropiación de recursos que de ella devienen. De hecho, la naturaleza -el bosque en esta lógica- es un sistema integrado de relaciones de poder; una construcción cultural cargada de discursos en torno a los recursos y los procesos de territorialidad que en ella se construyen. De ahí que sea una zona de explotación y uso, en la medida que todos, propios y ajenos, establecemos unas relaciones de apropiación, ya sea para el simple despojo de recursos naturales, o para el uso territorial del espacio, que puede propender a la protección, como también a la explotación cultural.

En este orden de ideas, la relación que establecemos con la naturaleza, con el bosque, es evidentemente jerárquica en el sentido que esta es el escenario de conflictos sobre el acceso y control de los recursos naturales, discursos que deben afrontarse desde la ecología política, pues esta supone una reflexividad acerca de los conflictos socio-ambientales en los que estamos constantemente inmersos y que son el resultado de la apropiación capitalista de la naturaleza. Así, para comprender los fenómenos en torno a los bosques y la naturaleza, es necesario aprovisionarnos de elementos desde la geografía y la antropología, en la medida que se trata de relaciones sociales, sin dejar de lado los conocimientos que tienen que ver con la ecología cultural y la etno-ecología, además de los aportes de los eco-feminismos, de los cuales hemos aprendido tanto (Leff, 2015).

Y es que la explotación de los bosques en Latinoamérica es además resultado de largos procesos coloniales que suponen, de nuevo, ejercicios biopolíticos y necropolíticos del poder sobre flora y fauna, sobre recursos explotables, pero también sobre las personas que habitan estos territorios y que generalmente están sometidos a dinámicas de precarización, racialización y generificación, de ahí que no solo podamos hablar de bosques como masas de árboles, sino como complejos sistemas semánticos y culturales. Dichos sistemas culturales, cargados además de recursos naturales que, en las lógicas del neoliberalismo, se convierten en una "maldición" para los territorios, están atravesados por dinámicas de jerarquización en las que toda explotación es posible en la medida que se trata de zonas de frontera, zonas rojas, zonas en las que no vive nadie (Serje, 2005): espacios para la expropiación.

Ahora bien, ¿qué podemos hacer para mitigar los impactos de estas relaciones de poder en los territorios? ¿Cómo podemos aportar a un cambio en las maneras de pensar que restablezcan nuestro relacionamiento con los bosques y la naturaleza? ¿Es posible establecer nuevas relaciones humano-naturaleza que ayuden a que nuestro paso por el mundo sea configurativo y armónico?

Tal vez las respuestas a estos cuestionamientos estén, precisamente, en las comunidades y en sus maneras de ver la vida. Quizá podamos encontrarlas en las construcciones de subjetividad que se dan en relación con los territorios, en las formas como las gentes entienden los espacios y las mitologías que nacen en dichos relacionamientos. De alguna manera, estas cosmovisiones han sido silenciadas e invisibilizadas en las comunidades, ya sea por procesos industriales de explotación, o debido al influjo de violencias asociadas al conflicto armado interno, como en Betania, nuestro caso de estudio. Las maneras de atravesar la realidad y el espacio, las múltiples formas de comprender el tiempo, la naturaleza, los flujos de la vida, son aquí fundamentales para re-aprender que somos parte de un gran sistema, enseñanza que podríamos obtener de los saberes de las mujeres y hombres que habitan los territorios asociados a los bosques y que están en un relacionamiento más estrecho con lo natural y los conflictos que allí se dan.

Tal vez las respuestas a estos cuestionamientos estén, precisamente, en las comunidades y en sus maneras de ver la vida. Quizá podamos encontrarlas en las construcciones de subjetividad que se dan en relación con los territorios, en las formas como las gentes entienden los espacios y las mitologías que nacen en dichos relacionamientos. De alguna manera, estas cosmovisiones han sido silenciadas e invisibilizadas en las comunidades, ya sea por procesos industriales de explotación, o debido al influjo de violencias asociadas al conflicto armado interno, como en Betania, nuestro caso de estudio. Las maneras de atravesar la realidad y el espacio, las múltiples formas de comprender el tiempo, la naturaleza, los flujos de la vida, son aquí fundamentales para re-aprender que somos parte de un gran sistema, enseñanza que podríamos obtener de los saberes de las mujeres y hombres que habitan los territorios asociados a los bosques y que están en un relacionamiento más estrecho con lo natural y los conflictos que allí se dan.

Vida campesina. Betania.
2024

Waico, un amigo habitante del municipio de Betania reflexiona sobre su relación con el espacio y con el bosque, su campesinidad y su búsqueda constante por reivindicar la vida que habita en estos espacios naturales:

> Porque yo digo: tenga usté un buen hábito... y usté vive feliz. Y yo soy feliz por ejemplo siendo campesino y siendo montañero. Yo llamo campesino y montañero al que hecha azadón. Lo más lindo para mí en la vida se llama un amanecer y un atardecer (...). Y entonces... tengo una ventana grande aquí, veo todo aquello aquí... yo abro un ojito y veo los picos allá bonitos, va a ser un día bonito, y un atardecer también es muy lindo, ave maría, hay atardeceres, son cosas únicas. Mucha gente vive como con una... como con un afán. Entonces yo hay veces que voy caminando pa, pa, pa, pa, entonces 'venga, usté pa' onde va', 'tan de afán güevón, está perdiendo aquí instantes de la mirada, de observar'. Es bueno caminar así despacio, mirando todo esto aquí (...)
>
> Y ahí está que comencé a comer de todo eso. Ah, que pa' la presión... tal matica, vela allí; que pa' triglicéridos que pa' tal cosa, entonces llego y cojo de toda esas matas... que una receta, que una agüita, yo no me tomo una agüita, yo llego y pico todo eso y me hago mejor una ensalada. Entonces yo no volví a tomar remedios, y vengo aquí y me toman las cosas y bien, y 75 años... 75 años. (Waico, 2024).

En la reflexión de Waico es posible ver un relacionamiento "otro" en el que se hace parte del sistema cultural Naturaleza. Su mirada del territorio es un diálogo constante, una conversación con las bellezas que él reconoce y protege. En este sentido, el relacionamiento posible de gentes y bosques parte del reconocimiento de la frontera naturaleza/cultura y su superación, dejando de manifiesto que el humano es natural y la naturaleza es humana; humano que admira, naturaleza que cura, poniendo así en evidencia las relaciones de poder que dicha frontera facilita en los territorios. De ahí que otras miradas de la relación naturaleza/cultura sean posibles, lo que da lugar a propuestas como la silvicultura, que intenta trabajar por el cultivo y el cuidado de los bosques, lo que además nos ayuda a fomentar nuevas formas de pensar los usos que damos a los recursos y a las especies acompañantes que los habitan.

El cultivo de guadua y su uso en los sistemas ecológicos del Citará es un ejemplo de silvicultura para la reivindicación del territorio y la campesinidad, esto sin dejar de lado que es insumo para la resistencia contra las violencias sobre los bosques y las formas de vida. Se trata de aprendizajes que desmontan conocimientos extractivos y que reintroducen saberes ancestrales para la protección de espacios naturales. Sin embargo, en el territorio de la vereda Pedral Arriba, del municipio de Betania, el uso de la guadua está asociado con la reforestación y con la protección del cauce del río Pedral. Es por lo que los guaduales están en una relación ecológica más cercana a la protección del medio, que a la producción o aprovechamiento de las cañas.

La propuesta de la Corporación GAIA va un poco más allá, en la medida que se plantea un aprovechamiento de la guadua para la arquitectura y la construcción campesinas en la región, razón por la cual intenta recuperar saberes asociados a una silvicultura de la guadua para relacionarlos con el diseño asociativo y la arquitectura, que pudieran hacer aportes a las vidas comunitarias y a los procesos productivos de campesinas y campesinos en el municipio.

De nuevo, estamos hablando de saberes ya instalados en el ensamblaje cultural de las comunidades, por lo que nosotros, agentes externos, estamos en franco aprendizaje y reconocimiento de esos conocimientos útiles para ser replicados en diferentes contextos. En la conversación que sostuvimos con Waico aparecen de nuevo luces sobre la guadua, el bosque y nuestro papel en su conservación:

> Pero el guadual necesita explotación. Porque es que la guadua crece y... porque tiene una... vida hay que cortala, pa' que vuelva y salga, su cosa... mantener su estructura bonita. Porque mire usté, yo he sido campesino toda la vida.

Y en mi casa mi papá, mi papá hacía las casas y nosotros tuvimos casas de bareque, casas de tapia, casas de... de madera, que la hacíamos nosotros mismos. Entonces mi papá también la esterilla, en guadua, con esterilla y todo eso, y él nos mandaba pa' allá, a mochar la guadua, después de las seis o antes de las seis de la mañana. La cortábamos y la cogíamos y... eso se llama desjarretar. Desjarretábamos y dejábamos ahí, luego ya al otro día o a los dos o tres días arreglábamos las guaduas, lo que necesitáramos, la esterilla, la cosa, todo eso, pero... papá nos hacía un andamio dentro del guadual y ahí empacábamos todo ese material; que necesitábamos la casa pa' hacela de aquí a los cinco meses... cortaba eso, todo eso con toda esa anterioridad y luego llegaba y cogía toda esa fila que la hacíamos así altas y nos ponía a todo ese combo, teníamos que tapar toda esa guadua con todo ese copo, con todos los copos. Y se quedaba así eso y a los dos o tres meses 'papá, eso se va a podrir allá', 'no mijo, eso no se pudre, déjemelo allá que tal y tal coa'. Ombe, nos íbamos, de pronto nos íbamos a sacar esa guadua y babosa, babosa, y le digo una cosa: vaya en la casa, yo todavía tengo esterilla de esas (...) Finca que no tenga monte, agua, guaduales... pa' mí no es finca. (...) Mi papá hacía los ranchos... y el techo de cocas de guadua. Partía las guaduas y las ponía así.

De todo eso, yo le digo a todos los de por aquí: el monte que yo tengo en la casa debe ser una reliquia la hijueputa, y toda esta gente de por aquí debía conseguir las semillas; es que eso es lo que nos ha matao a nosotros, a nosotros nos gusta mucho lo foráneo y lo de nosotros casi no, y eso es un error muy grande, porque nosotros tenemos que rescatar esas maderas; hay unas maderas muy lindas. A mí me fascina esa madera del copachí, el copachí es un árbol alto, blanco, muy lindo y muy duro. Pa' la fauna lo mejor es un palo e' copachí, güevón, eso se pone así de animalitos y enseguida tiene una hoja que defolia mucho y es una hoja que a los tres o cuatro días está biodegradada, entonces es un mejorador de suelos, mejoradores de suelo.

Por ejemplo la cuestión del piñon, el piñón, el samán, el carbonero... son con unas hojitas muy pequeñitas... todas esas maderas son mejoradoras de suelo. Debajo de ese suelo es fértil, porque eso se va cayendo... tanta basurita pero menudita... y ligero se descompone y que... las plantas lo van cogiendo ahí mismo... (Waico, 2024).

Un campesino trabaja en el corte de guaduas en una finca de la vereda Pedral Arriba, Betania. 2024

Estos conocimientos en torno al uso de la guadua y la necesidad de su preservación, en relación con el cuidado de los bosques a los que hace alusión Waico, son saberes que vienen incluso desde su padre, además que son evidencias vivas de su propia relación con el bosque: de nuevo la frontera entre naturaleza y cultura de hace difusa. Además, se encuentran con otros que nos comparte Ciro, uno de nuestros compañeros de la Corporación GAIA, quien ha ayudado en la defensa de saberes ancestrales para una ecología humana en los territorios. El relato de Don Ciro, como nos gusta decirle, se acerca a la descripción del proceso de la guadua como un capital de saberes que ha colectado con su experiencia en procesos agrícolas, y que hoy comparte de nuevo en clave de conservación, de ahí que sea tan importante reflexionar sobre ello:

> Los misterios de la guadua, pues, desde los antiguos, como decían ellos que son los campesinos, que son los que han vivido, que son los que están en esta universidad del campo, es que tiene que ver mucho la menguante y la creciente; todos los aspectos de la luna son importantes en la agricultura. Anteriormente no se le paraba muchas bolas y académicamente... pa' los académicos eso nunca ha sido como una realidad, como que es algo que sí es cierto, pero ahora empiezan ya a mirar que sí hay dentro de eso acción de la luna. Lo vemos en el oleaje... y ellos se acostumbran a decir 'vamos a sembrar en menguante, vamos a sembrar en creciente, en tal época cuarto menguante, iniciando crecientes, ellos han fijado toda su vida en el diario vivir de la agricultura.
>
> Por ejemplo, ellos dicen 'hay que sembrar en menguante el maíz'. ¿Cuál es la razón? Puede que no sea la producción en tal, pero para ellos que se vaya en creciente una mata, cuando se siembra en creciente se eleva demasiado. Puede que para ellos digan 'puede que nos deja de pronto de producir, sino las acciones del viento, cómo nos puede tumbar ese maíz. Para ellos entonces elevarlo mucho sería eso, decir no podemos sembrar en creciente tomate, cuál es la razón, porque la mata comienza a elevarse y se pierden los cojines florales, ahí se pierden dos cojines florales que son, alrededor, póngale cinco o diez tomates que perderían ellos. Dicen ellos 'no, vamos a sembrar en creciente la yuca para que nos enraice en menguante, para que haya una mejor producción; y ellos siempre lo han estado experimentado constantemente.

Y en el caso de la guadua ya eso sí es generalizado; ya si vas al Quindío, si vas donde estén manejando guadua tiene que ser en plena menguante, entre las dos y seis de la mañana el corte, ¿cuál es la razón? El agua está completamente en el piso. Es que la guadua durante el día empieza a subir el agua, a subir, entonces ahí es donde el corte no debe de hacerse, y más en creciente, porque vos podés cortar una caña en este momento, partir un canuto de esa guadua y tenés agua. Ahí podés chupar agua, te podés sacar un vaso, dos vasos de agua. Entonces ellos tienen que... miran siempre eso. Y fuera de'so hay que dejarla en el corte (guadual) parada, para que ese vinagramiento que se produce no vaya a hacer naño con los bichos, que es el comején, los animalitos que lo dañan, porque en el proceso de vinagramiento es donde ellos atacan; para ellos es importante ese tipo de alimento. Entonces por eso lo hacen, la paran, y a los quince, veinte días las sacan ya completamente sin agua. ¿Qué les va a ayudar en eso? Que la guadua no se vaya a dañar muy rápido, que dure mucho más, y ya lo que se le pueda hacer técnicamente desde cómo la vamos a proteger, con químicos, que ya eso es valedero y es necesario para que tenga una duración de quince, veinte, treinta años.

(...) A mí siempre me ha parecido supremamente importante (proteger saberes ancestrales), recuerdo por allá en los años ochenta, cuando los profesionales salían a campo, pues que eran los doctores, y llagaran donde unos campesinos a hacer unas recomendaciones cuando ellos mismos decían 'es que no se puede', se reían de ellos. 'Cómo es que este doctor viene a traernos esto, cuando nosotros lo hacemos así y asá'. Entonces muchas veces se desconocía esa parte que ellos tienen, esos saberes, y entonces yo creo que ya se empezó a mirar eso, ya el profesional tiene que mirar. Yo, por ejemplo, durante toda mi extensión, que yo fui extensionista agrícola también con la secretaría de agricultura, yo lo primero que miraba era el campesino; y miraba todo a su alrededor, porque también se peca con la humanización de la técnica. Para la muestra un botón: un veterinario llega a una fina, y llega es como dice el dermatólogo: vamos al grano.

> Grano es ir a ver el animal, pero alrededor de esa casa hay muchas cosas. Hay flores, hay una casa bonita, hay mujeres. Todo eso tiene que ver con el entorno y cómo se siente el campesino cuando usté lo visita, que después de que usté salga 'no, es que ese doctor esto, eso y aquello', no, cuando usté impacta la parte humana de ese ser está haciendo trabajo. (...) Es supremamente importante saber cómo lo está haciendo el campesino porque siempre ha estado ahí. Él lo mira por el sol, lo mira por la luna, lo mira por las escorrentías, lo mira por el río, lo mira por las plantas, lo mira por la sombra, lo mira por la raíz... entonces ellos están constantemente haciéndolo. No se puede desconocer esa parte tan importante del campesino (Ciro, 2024).

Don Ciro hila más fino en su reflexión. Si bien no crea un cisma entre los saberes científicos occidentales y los territoriales, sí deconstruye la hegemonía de los primeros y los pone en diálogo con los conocimientos de los campesinos y sus experiencias. De ahí que haga una cartografía del otro campesino, una lectura de sus formas de entender el campo, la finca y los animales, lo que le permite develar las cargas emocionales que tiene la identidad campesina y su territorialidad, lo que a su vez supone un sentipensar campesino del mundo, para ponerlo en palabras del profesor Arturo Escobar (2014), que alude a la justicia cognitiva en la medida que los saberes coleccionados por las comunidades tienen un valor profundo y potente de cara a los territorios y como resistencias a los influjos del desarrollo y de las formas violentas del capitalismo. El argumento de Don Ciro es político, pues supone los agenciamientos que se han dado en las comunidades y con los mayores, relocalizando la palabra dicha en la montaña para la reivindicación de la montaña misma.

Así las cosas, pensar en la guadua como una posibilidad desde la silvicultura, ayuda no solo a levantar estructuras, hacer cercados o construir salones y centros de recreo, sino que supone unos reajustes en las maneras de atravesar los relacionamientos con los espacios y el territorio. El reconocimiento de saberes que están en las comunidades desde hace mucho tiempo y su incorporación en los conocimientos técnicos de occidente, devienen en unos encuentros necesarios que podrían ayudar a defender la vida y a preservarla como potencia. El bosque deja de ser entonces un espacio de oscuridad y de misterio, para convertirse en una alternativa para la existencia y para la interacción entre humanos, el medio y las especies que desde allí nos acompañan, una suerte de red biológica en la que todos estamos en comunicación, pero que debemos seguir defendiendo de las apuestas del neoliberalismo, las cuales siguen fuertes y activadas.

Los ejercicios de diseño generativo y arquitectura con guadua en la vereda Pedral arriba del municipio de Betania, son un aporte importante en estos cambios de pensamiento con respecto al bosque y a los procesos que allí se dan. Son apuestas por los saberes ancestrales, por la diversidad y por los bosques. De ahí que en la corporación GAIA, además de visibilizar los ejercicios de poder que se dan por medio de discursos y violencias, también proponemos salidas viables para la vida y la biodiversidad, formas de unos encuentros entre la naturaleza y la cultura que superen fronteras semánticas y nos ayuden a acompañar la construcción de una memoria del mundo; una para remediar, de alguna forma, los daños que como especie hemos causado, pero que tenemos tiempo de mitigar.

Aprovechamiento de la guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Arquitectura campesina en guadua. Betania.
2024

Un compartir de saberes.

Socialización con niñas, niños y adolescentes

El día que comenzaron los trabajos de montaje de la estructura en guadua, también regresaron las niñas, niños y adolescentes de la escuela, quienes se encontraban en el receso de vacaciones de medio año. Me pareció extraño que cuando fui a visitar la institución los tres salones estaban llenos de estudiantes trabajando, pero yo no me di cuenta cuando llegaron, pues esperaba que lo hicieran con el bullicio propio del ingreso a clases. Trabajaban en sus deberes, en compañía de sus docentes, pero con cierta inquietud al ver al grupo de estudiantes que cargaban guaduas de un lado para el otro.

-Fueron ustedes los que cortaron las guaduas que quedaron colgando en la cancha-, me dijo uno de los chicos que se me acercó a saludar. Según él, después del corte de las guaduas que quedaron colgando en el guadual de la escuela para el vinagrado, algunas de las cañas les impidieron jugar en una parte de la cancha, pues se colgaron hacia las porterías. Me disculpé por esa molestia, pero esto me permitió acercarme un poco a él y a otros chicos que llegaron a la conversación. -Las guaduas son para hacer un módulo-, les dije. -un salón que ustedes podrán usar en cualquier momento-.

Me hicieron muchas preguntas que preferí responder estando juntos, de ahí que hubiera preparado dos talleres para trabajar con ellos; el primero, para jóvenes de los grados secundaria, en el que hablé de la idea de territorio asociado a la silvicultura, y el segundo, con niñas y niños de primaria, que lo dirigí a las propuestas de la guadua para la vida campesina. En el primer taller les expuse a los chicos y a las chicas el concepto de territorio, el cual está alejado de la idea de tierra, pues es una construcción que se da en el establecimiento de las relaciones sociales y las experiencias personales y colectivas de los espacios y los procesos sociales e históricos que allí se dan.

En este orden ideas, conversamos sobre el territorio como una obra social que se defiende y se protege, pero que también se carga de sentido, de significados y de afectos; esta última palabra fue de gran importancia para la conversación, pues el afecto es fundamental para el establecimiento de las relaciones sociales, de las luchas por el territorio, las defensas de derechos colectivos y las resistencias a ejercicios de poder. Con el grupo de adolescentes hicimos además una cartografía social, que nos permitiera entender cómo ellas y ellos viven y significan el territorio, cómo lo simbolizan y cuáles son sus cargas de sentido en relación con el espacio.

Por otro lado, con el grupo de niñas y niños de primaria, el trabajo partió de un cuento que nos permitiera captar su atención y que, durante su relato, nos ayudara a establecer una conversación para exponer la importancia de una silvicultura de la guadua para la conservación de los bosques, además de un relacionamiento cercano entre humanos y naturaleza que facilitara la vida y el desarrollo sostenible. A continuación, expongo el cuento utilizado para la sesión:

En la escuela necesitamos un salón. Grande como una casa...Con ventanas y balcón, para jugar y conversar, para clases y juntanzas, para saltar o bailar. O pequeño, si se puede, pero, en serio, que queremos un salón. Puede que esté maduro, como si fuera una naranja, unos mangos o un samán, unas moras, unas pomas, la cosecha del café.

Una vez le dije a mi tío Juan de Dios que me ayudara a construirlo. “No te preocupes”, me dijo. “Ya el salón está creciendo”. Yo buscaba y buscaba... Pero no veía nada. Caminaba hasta la escuela, pero nada del salón.

Fui buscándolo hasta el pueblo, ni en el río, ni en el monte. Cuando creí que jamás lo encontraría, mi tío Juan me lo contó: esa noche, ya muy tarde, cosechaban el salón. Es que yo no lo entendía: ¿Cosechar? ¿era un árbol o un maíz? ¿qué quería decir mi tío?

Imaginé un cultivo de salones y ¡me moría de la risa ¡ Es posible que mi tío quisiera hacerme una broma, aunque no creo, porque esa vez me dijo, con su cara más seria, “hoy comienza la menguante. En la madrugada nos vamos a cortar las guaduas”.

Así que no dormí. Los sentí hablando hasta tarde, amolando machetes, cargando baterías. Eran él y otros señores de aquí de la vereda. Las mujeres cocinaron, conversaron, se despidieron y al final, ya muy tarde, se escuchaban los machetes que golpeaban y las guaduas que caían. Al final me dormí, pero en la mañana vi a mi tío metido en el guadual abriendo paso, limpiando, recogiendo chamizas que pudieran hacer daño. -Ahora se tiene que vinagrar-, me dijo cuando supo que lo estaba espiando.

Pasaron días y días, pero nada. Nadie hablaba del salón. Pero una vez, muy temprano, vi a mi tío cargando maderas para hacer caballetes. Luego, con ayuda de otros jornaleros, sacaron del guadual las cañas que cortaron, las pusieron a secar y otra vez, cada uno se fue a sus cosas. Yo seguí esperando, sin preguntar nada, porque las cosas con las guaduas y los bosques como que llevan su tiempo. El sol hacía lo suyo porque las cañas iban cambiando su color y se ponían más duras.

> El día que volvimos al colegio después de vacaciones, llegó un montón de gente: mujeres y hombres con martillos, serruchos, taladros, clavos, sierras, mangueras, carretas, destornilladores, hicieron escándalos, sonaban golpeteos, motores, de todo, salía polvo, cortaban guaduas.... Por fin, lo estaban haciendo.
>
> Al final el salón sí hubo que sembrarlo, hubo que esperar a que creciera; tuvimos que buscarlo entre el guadual y cortarlo, dejar que se vinagrara, que se secara, para al final ensamblarlo. Así son todas las cosas con las plantas y los bosques: con paciencia y transformación, con trabajo solidario y en juntanza. Ahorita, cuando salgamos al recreo, seguro vamos a jugar y a mirar cómo quedó. Un día lo pintamos, le decoramos las cañas, le hacemos un techo, pero eso ya es otra historia. Una que iremos contando aquí nosotros.

Finalmente, los grupos de estudiantes se acercaron a la construcción y pudieron interactuar con los arquitectos y los estudiantes del diplomado. Hicieron preguntas y conocieron los diseños que se estaban utilizando. Los profesores del colegio también estuvieron muy inquietos y participaron mucho de las conversaciones y de los espacios.

Socialización con jóvenes.
Betania.
2024

Socialización con jóvenes.
Betania.
2024

Socialización con jóvenes.
Betania.
2024

Socialización con jóvenes.
Betania.
2024

Socialización con jóvenes.
Betania.
2024

Socialización con jóvenes.
Betania.
2024

Cartografía social con jóvenes. Betania. 2024

Ejercicio de diseño con guadua. Niños y niñas de primaria.

- Puente con guadua.
- Sistema de acueducto.
- Pozo y canales comunitarios
- Albergue.
- Cable aéreo en guadua.

Betania, 2024

BIBLIOGRAFÍA

Ciro. (4 de Julio de 2024). Guadua y saberes campesinos. (C. M. J., Entrevistador)

Escobar, A. (2014). Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia. Medellín: Ediciones UNAULA.

Leff, E. (2015). Political Ecology: a Latin American Perspective. Desenvolv. Meio Ambiente, v. 35, , 29-64.

Leff, E. (2017). Las relaciones de poder del conocimiento en el campo de la ecología política: una mirada desde el sur. En H. Alimonda, C. Toro Pérez, & F. (. Martín, Ecología política latinoamericana. Pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epitémica (págs. 129-165). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

Serje, M. (2005). El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Waico. (7 de Julio de 2024). Ser campesino. (C. M. J., Entrevistador)

Nancy. (17 de Julio de 2024). Los tiempos de la cosecha. (C. M. J., Entrevistador)

Todas las fotografías aquí expuestas fueron tomadas con un equipo D3400 de la marca Nikon, con aperturas de 18 a 55mm y de 70 a 300mm. La edición digital se realizó sobre archivos RAW con el Software Adobe LightRoom.

CORPORACIÓN GAIA